

en la triste alianza de los Imperios centrales, encaminada contra la libertad y la democracia modernas. Jamas desistiré de mi constante predicacion á favor de una inteligencia entre Italia y Francia. El dia que cayera la República se veria muy amenazada la unidad italiana, y el dia que cayera la unidad italiana se veria muy amenazada la República francesa, por el inevitable predominio de la reaccion universal, contraria de todo en todo á esas dos creaciones supremas del espíritu moderno.

Y no le basta en sus supersticiones á la susceptibilidad italiana con suponer cosa tan absurda é inverosímil como que Francia pugna por la restauracion del poder temporal de los Papas; encuentra pretextos á su ódio en mil accidentes varios y en mil proyectos descabellados, cual si no pudiera tener jamas razones y motivos en su propia conciencia. Para convencerse de cómo Italia yerra siempre que trata de Francia basta con recordar los proyectos imputados á ésta en publicaciones diarias. Ya dicen que ha resuelto para las eventualidades múltiples de lo porvenir anexionarse Liguria, cual se anexionó en otros dias Saboya, y ya que pide la misma Cerdeña para fortalecer y asegurar su predominio en el Mediterráneo. Parece imposible que se pueda ocurrir á pueblos, en la política y sus artes consumadísimos como el pue-

blo italiano, cosa tan descabellada como esas supuestas ambiciones francesas. La grande nacion latina experimenta demasiado el dolor de las desmembraciones propias para cometer el crimen, doblemente punible, por sí mismo y por las circunstancias, de aspirar á las desmembraciones ajenas. Limitado á pedir la devolucion de Alsacia y Lorena, más unidas cada dia estrechamente con Francia, no quiere separar á ningun pueblo de su patrio techo. Harto le costó á fines del siglo dominar á Córcega, definitivamente adherida hoy á su cuerpo y á su espíritu, para irse mañana en pos de nuevos territorios por el Mediterráneo, de donde nos conviene á todos, y el reintegro de cada isla y archipiélago bajo su nacionalidad correspondiente. Si las cuatro naciones latinas se hubieran puesto hace tiempo de acuerdo respecto á las cuestiones mediterráneas y á la costa Norte del Africa, no veriamos quizás hoy en una y otra orilla del Mediterráneo sucesos tan opuestos y contrarios á nuestros intereses permanentes.

La política de union estrecha entre los pueblos latinos conviene á todos ellos en general, pero muy particularmente á Italia. Un recelo excesivo del apostolado democrático de Francia en contra de la dinastía italiana pareceme que ha paralizado mucho la saludable accion de esta última potencia, y arrastrádola, como un aerolito sin direc-

cion y sin órbitas, en carrera vertiginosa é incalculable á la terrible atraccion de las potencias del Norte.

No subimos, en verdad, mucho si subimos desde Italia en este momento á Rusia. El proceder de los italianos en sus alianzas está relacionado con la cuestion de Oriente, y en la cuestion de Oriente nadie puede quitarle ya el primer papel á Rusia. Casualmente la presencia del gran ministro británico en Elseneur ha demostrado una inteligencia entre Rusia é Inglaterra, y la inteligencia entre Rusia é Inglaterra, casualmente tambien, ha embargado mucho la móvil atencion de Italia. Dígase lo que se quiera, las alianzas naturales resultan más sólidas que las alianzas arbitrarias, y no es natural ni explicable una grande alianza entre la nueva Italia del progreso y los viejos Imperios de la conquista y de la guerra. Sucede con las alianzas de Italia y Austria lo que sucede con las alianzas de Austria y Servia. Es natural que Sérvia se una con Rusia, pero su dinastía combate con fuerza esta ley de la Naturaleza: es natural que Italia se una con Francia, pero su dinastía combate á su vez con fuerza esta ley de la Naturaleza. Mas las dinastías no pueden sustituir su voluntad á la Providencia, y bien pronto vendrá ésta con sus decretos incontrastables á imponer sus leyes irremisibles. Cuanto más la política in-

terior rusa hoy se agrava; cuanto más los problemas territoriales y el fondo social se agita; cuanto más crecen las conspiraciones misteriosas por todas partes, ménos probabilidades hay de conservar allí la paz externa, herida, ó, por lo ménos amenazada siempre, á causa de la necesidad imprescindible, allí sentida en todos, del movimiento guerrero y de la cruzada bizantina. Por tal razon, Rusia gana las elecciones de Sérvia contra su propio monarca, empeñado en servir al Austria, y se apercibe á escarmentar las veleidades múltiples de ingrata emancipacion sentida por su hechura la monarquía búlgara y su antigua é inconstante aliada la monarquía rumana. En esta competencia de alianzas entre Prusia y Rusia laten las causas de guerra inminente y próxima entre Austria y Rusia, que puede muy fácilmente arrastrar de un lado á Francia y de otro lado á Germania, encendiendo así la guerra universal, que todos tememos y que todos quisiéramos evitar, pues nada convierte á la tierra, nuestro planeta, en una especie de infierno como ese vapor de sangre subiendo á las alturas desde los campos de matanza para mostrar nuestra crueldad, y provocando la cólera de Dios, que nos ha criado para la libertad y para la paz.

Mas no debo hablaros, en el corto espacio que me resta, de la política; debo hablaros de la poesía

rusa. Este gran pueblo acaba de perder uno de sus más ilustres pensadores, y los pueblos, desde lejos, sólo se ven por el resplandor de sus pensamientos, como las regiones sólo se ven desde lejos por la eminencia de sus cordilleras. Este pensador es el inmortal Tourguenieff, nacido en las estepas de Rusia y muerto, como los rusos principales, en extraño suelo, por causa de un voluntario destierro. Hace algunos días ya, brillante legión de pensadores franceses, Renan, Simon, About, entre muchos otros, reunidos en la estación del Norte, despedían con lágrimas amargas y oraciones plañideras un ataúd que marchaba desde la única iglesia griega en París hoy existente, custodiado por algunas almas piadosas, hacia las tierras boreales de nuestra Europa. Contenia el ataúd los restos de Tourguenieff. Así, al llegar á Petersburgo, muchedumbres innumerables se agolpaban á su paso en actitud triste, recogida, silenciosa, como cumple á pueblos capaces de sentir cuánto pierden cuando en los abismos de la muerte desaparece quien ha movido los corazones y ha iluminado las inteligencias con la luz y con el calor del Verbo Divino encerrado en el arte ó en la ciencia que, materializando el ideal y poniéndole hasta el alcance de nuestra mano, acerca lo infinito á la humana limitacion, lo absoluto á nuestra fragilidad, lo celeste á nuestras

sombras, y hace de Dios algo humano y del hombre algo eternal y etéreo en los misterios sublimes de una continua encarnacion. Despues de haber acompañado el féretro por las calles en procesion gigantesca y conducídolo hasta la puerta de un oratorio bizantino, donde le dijeron las oraciones de los muertos en el rito griego, enterráronlo allá en apartado cementerio, bajo la estepa fria, que amára con exaltacion, junto á los restos de Belinsky, su maestro y su guía en las letras, á la sombra de un grupo de sauces, de ese árbol cuyas ramas se vuelven hácia las oscuridades frias de la tierra, en vez de subir hácia los esplendores del cielo, y, sepultado, repartiéronse los asistentes las flores de sus innumerables coronas como reliquias de una sublime muerte y como recuerdo de una gloriosa vida. El mundo burocrático y oficial faltaba, porque *La Voz del Eslavismo*, ó sea el periódico de Katkoff, habia dicho como Tourguenieff perteneciera por su vida toda, muy de antiguo, á los occidentales, y quien perteneciera por su predileccion á los occidentales, á esos librepensadores demócratas, no podia en muerte aspirar al culto de los rusos, monárquicos de un Czar omnipotente, y ortodoxo de una religion bizantina. Mas la inevitable ausencia del elemento burocrático y oficial sólo sirvió para que se viese con mayor claridad el afecto inspirado al pueblo por el

difunto y la espontaneidad generosa de aquella sublime manifestacion.

Y la merecian, tanto el artista como el hombre. Tourguenieff no pertenece á esas almas que dan luz de sus inteligencias sin dar al mismo tiempo calor de su corazon. Tourguenieff escribia porque amaba. Y amaba con exaltacion al humilde, al débil, al desgraciado, al siervo. Sus obras no tienen más que un objeto: la manumision y libertad del esclavo. Cuando vemos la indiferencia de los escritores griegos ó romanos por el sér inferior que gime allá en los abismos de las hondas ergástulas y que muere allá en los combates del circo, despues de haber sido cazado en la montaña tracia, puesto á la venta en el bazar y destituido y privado hasta de los sentimientos más naturales y de los goces más humanos bajo la pesadumbre de sus enormes cadenas; cuando vemos esta indiferencia y la comparamos con el amor á la humanidad entera de los escritores y de los oradores modernos, tan solícitos por los representantes postremos de la servidumbre histórica, tanto en la estepa moscovita como en las selvas tropicales, no podemos ménos de ufanarnos por nuestra civilizacion y creer que muchas faltas le perdonará la Providencia por su amor al derecho natural y á la eterna justicia.

Tourguenieff habia recorrido como cazador las

tierras moscovitas y visto en ellas tal número de infelices pegados al terreno señorial, que, describiéndolos y describiendo su desgracia irremediable, hacía tanto por su emancipacion cual todos los estadistas innovadores juntos, pues obras como una emancipacion general sólo pueden acometerse por impulsos indeliberados y generosos del corazon y consumarse por estos ardores de la elocuencia y del arte, los cuales, encendiendo la sangre y agitando los nervios, llevan á unos al combate y á otros á la muerte con desinterés sublime por una causa popular y justa, controvertida mucho tiempo en las alturas del espíritu ántes de prevalecer en las regiones inferiores de la legislacion y de la política.

Novelista, exclusivamente novelista, nos ha pintado Tourguenieff la sociedad rusa mucho mejor que los primeros políticos moscovitas, como nuestros poetas del siglo décimosexto y décimoséptimo pintaban mejor en el teatro y en el romance á su tiempo que los diputados en las Córtes ó los estadistas en las disertaciones. Aquel partido, engendrado por la tiranía política de los Czares y por la intolerancia religiosa de los sacerdotes, con su puñal y con su tea en las manos, su duda y su sarcasmo en los labios, su negacion universal y su ateismo en la conciencia, enemigo del Estado y de la sociedad, resuelto á disipar el aire atmosférico

y á extinguir el sol y las estrellas para volver á lo único verdaderamente grande, inmenso, ilimitado, eterno, á la nada infinita, de la cual nunca debimos los mortales salir, ya que tan condenados habíamos de hallarnos en el mundo á dolores eternos; aquel partido, en el cual no creían los conservadores europeos hasta que vieron saltar por los aires el Palacio de Invierno y caer en pedazos el Emperador Alejandro, se halla mejor descrito que en todas las disertaciones nihilistas de Bakounine y sus discípulos, en las obras literarias del poeta eximio, á quien las intuiciones de la fantasía y los presentimientos del corazón revelaron el demagogo típico alzado en sus páginas con la persona de Bazaroff mucho ántes que se alzara en la realidad para extender el terror en Rusia y recluir al Czar en Gatchina: que tan certeras y exactas resultan en la historia siempre las adivinaciones y las profecías del verdadero genio.

Yo conocí á Tourguenieff personalmente hace tiempo en casa de nuestro comun ilustre amigo Mr. Julio Simon, y jamas olvidaré aquella sacerdotal figura profética, muy semejante, por lo alta y por lo inmóvil, á las figuras litúrgicas de las iglesias griegas. Sus sedosos cabellos blancos y sus luengas barbas, blancas también, le daban cierta gravedad que desaparecía en cuanto mirabais la retina móvil, iluminada, sensible á todas las emo-

ciones, acariciadora como una suave luz ó como una melancólica melodía, punto de su rostro donde se condensaba toda su alma, la cual salía de allí á iluminar con rayos invisibles de ideales etéreos á todos los circunstantes. No poseía en la conversacion esa facilidad inagotable de los meridionales, que tanto regocija siempre á una sociedad sentada en torno de limpia y bien provista mesa; pero, en cambio, sus profundas sentencias interrumpian el diálogo de los gárrulos, provocándolos al silencio de una meditacion reflexiva. Tourguenieff habia pintado en sus brillantes cuadros lo mismo que habia visto en su tormentosa vida. La sociedad rusa, especialmente, privaba en su ánimo y surgia en sus descripciones. Y pocas sociedades tan dignas de llamar la general atencion por sus contrastes bruscos y sus disonantes extremos. Aquellos Czares, jefes de una sociedad tan exclusiva como la sociedad eslava, y alemanes por sus orígenes y por sus gustos; aquel clero, blanco y negro, pagado de su autoridad y presidido por un Consistorio, á cuyo frente se hallaba todo un general de caballería; los aristócratas, muy amigos de sus privilegios históricos y muy dados á destruirlos con sus ideas occidentales y democráticas; los reformadores, muy avanzados en sus tendencias y muy creidos á una de que impulsarán su nacion estancándola en la tribu tártara y en la propiedad comunista; el or-

todoxo griego, que, despues de haber orado ante la Virgen bizantina, cuyo rostro se halla metido en aureola pesadísima de oro macizo cuajado de brillantes y esmeraldas, despues de haber clavado la frente como un pária indio en las losas del templo santo, suspira por los esclavos pegados al seno de la naturaleza y adoradores de un bárbaro paganismo; el rústico, el mujich, con quien los innovadores cuentan para incendiar el mundo y renovarlo, adscrito, como la planta y sus raíces, al terruño; el siervo, recién manumitido, añorándose de su cadena como el señor feudal de su propiedad; todos estos contrastes bruscos, presentados con sencillez increíble, dan á las novelas rusas de Tourguenieff el carácter, que falta por el exceso de tradiciones y el número de modelos á los demás literatos europeos, la naturaleza y difícil originalidad. Sintamos todos que los cielos de Rusia, ya oscuros, hayan perdido ese foco de increada luz, y honremos la memoria de quien ha contribuido, sin esgrimir más arma que su pluma brillante, á la emancipacion de los siervos en las estepas de Rusia.

Los pueblos protestantes han celebrado el cuarto centenario de Lutero con universales jubilaciones. Temíase que las apologías del reformador provocasen vejámenes contradictorios y que tales contradicciones trajeran, sin remedio, en los pue-

blos divididos por creencias contrarias encuentros en las calles, y tras los encuentros las disputas y perturbaciones propias de los grandes y trascendentales dogmatismos. El régimen cesarista organizado contra la religion católica por el Gobierno germánico en tan mala sazon, habia interrumpido aquellas relaciones de los dos cultos, celebrados muchas veces y en muchas partes bajo las bóvedas de un mismo templo, allá por tierras de Alemania. Bajo tal consideracion creíase fácil una serie de manifestaciones y contramanifestaciones opuestas. Ningun apóstol de ninguna idea se presta como Lutero á estas disputas cuasi guerreras, apareciendo á los ojos de unos como el nuevo revelador que rejuvenece y salva el cristianismo en medio de la sensualidad pagana traída por el Renacimiento, miéntras á los ojos de otros aparece como el protervo revolucionario, atreviéndose desde las aras del claustro al Pontificado, cual se atrevió Luzbel desde su angélica beatitud á Dios, para engendrar en la tierra los infiernos del cisma. De juicios tan contradictorios podian temerse disputas múltiples y desordenadas en tiempos como este de movimiento antisemítico. Por fortuna, la libertad religiosa está más arraigada hoy de lo que creen los reaccionarios, y el respeto á la inviolabilidad de las conciencias pasa cada dia más á las costumbres.

Si los católicos y los protestantes de Alemania no han podido concordarse para celebrar al creyente, se han concordado para celebrar al patriota; y nosotros, que no pertenecemos ni á la religion luterana ni á la raza germánica, españoles y católicos de nacimiento, podemos celebrar sin escrúpulo al que, iniciando la libertad de pensamiento y exámen, ha iniciado las revoluciones modernas, á cuya virtud hemos roto nuestras cadenas de siervos y proclamado la universalidad de la justicia y del derecho.

CAPÍTULO XVI.

Sucesos últimos del año 1883.

Hase discutido en Francia últimamente, con empeño, el presupuesto eclesiástico; y al discutirse, hanse levantado en tropel y á deshora los mil problemas referentes á la Iglesia y á sus relaciones con el Estado. El Gobierno, en vez de agarrarse á la firmeza prometida en los últimos discursos, ha dejado el asunto en manos de la Cámara, despreciando la facultad que le compete de proposicion é iniciativa. Jamas sustituiria yo al poder legislativo el poder ejecutivo; pero jamas confundiria uno y otro, al punto de resolverlos en el mismo y solo poder, porque ¡ah! en esa confusion está la raíz venenosa de todo despotismo. No puede un ministerio gobernar contra la voluntad manifiesta del pueblo, expresada por sus legítimos representantes; pero debe pedir á éstos los medios indispensables al gobierno, y en caso de negárselos, dejar el puesto á sucesor más afortunado en sus proposiciones y más acepto á las Cámaras. Lo que